

José Luis Herrera Arciniega

**P**iel de durazno, a los maltratos y excesos opone complicados tratamientos para amenguar los daños de una noche de abusos. Entreabre los ojos y con los brazos despega el cuerpo de la cama. Grueso cortina-je formaliza la penumbra, pero Alicia sabe que desde hace varias horas ha salido el sol; su reloj interno la impele a despertar cada mediodía, háyase dormido a la hora que sea, y, además, recuerda que cuando llegó al hotel, a la mitad de una conciencia embrutecida, empezaba el breve apogeo del amanecer marino.

De qué manera soportar este día floreado. Alicia se prepara para repetir las rutinas del ocio. Ponerse el traje de baño de dos piezas y simular con una mascada la falda, o zambullirse en pantaloncillos bermudas. Bajar al restaurante y picotear algo de fruta; hace tiempo que come para una frugal sobrevivencia, todo a fin de encajar a la perfección en el bikini y recibir por igual las húmedas miradas de hombres y mujeres.

Ducha su delgadez en un cuarto de hotel gran turismo en algún reino junto al mar. Demolida Alicia, en su paranoia se descubren los estragos de una cansina jornada nocturna, de frenético reventón, durante el cual estalló las fosas nasales e incurrió en fajes pegajosos con adolescentes, casi hombres, de habla exótica.

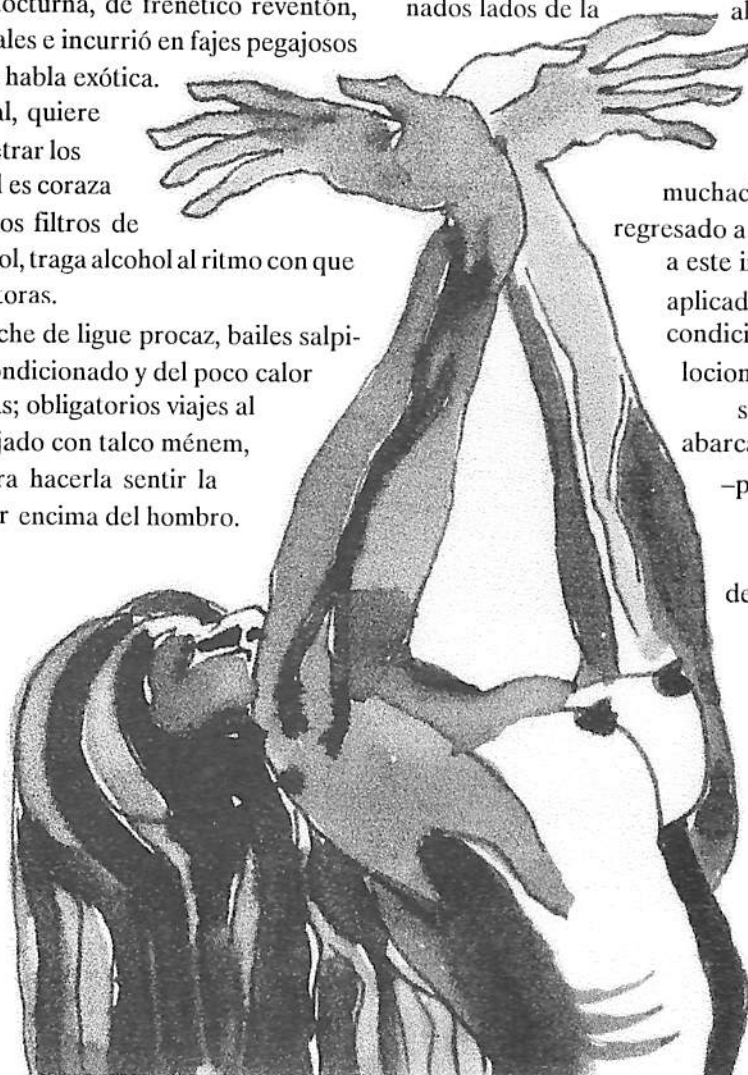
En esta época invernal, infernal, quiere escapar hacia el mar, quiere penetrar los misterios del gigante salino. Su piel es coraza de lagartija bien untada de viscosos filtros de importación. Se azota abajito del sol, traga alcohol al ritmo con que antaño quemaban hulla las locomotoras.

Destrenza así el día hasta la noche de ligue procaz, bailes salpicados de sudor a pesar del aire acondicionado y del poco calor que da la luz negra de las discotecas; obligatorios viajes al tocador para esnifar el polvo, rebajado con talco ménem, inserto en bolsitas de a gramo, para hacerla sentir la euforia de mirar a cualquiera por encima del hombro.

Sufría el dolor de un prolongado tropiezo, un retroceso obligatorio dentro de su carrera como cantante juvenil. Antes de perderse, había tenido apariciones triunfales en el mercado con dos discos, desgastados en la vorágine del consumo de los adolescentes. Este escape hacia el mar era el descanso previo a la estrategia de su productor para revivirla y hacerla circular de nuevo. En algún momento entre sus conciertos y presentaciones en la televisión como artista del momento, Alicia había adquirido el costoso hábito de introducirse mezclas extrañas al cuerpo, y no precisamente cocteles de granadina. Por eso podía escabullirse de la vulgar costumbre de ingerir alimentos. Era flaca y espiritual. Su anorexia le permitía registrar varios kilos por debajo del cero de la báscula. Por eso llegaba a sangrar de la nariz, sin darse cuenta, a menos que su acompañante ocasional le advirtiese acerca del incómodo síntoma. La parte media de su cara se convertía en un manantial de carmín, arroyo de sangre, vasitos sanguíneos debilitados, escocidos, tronados por el exceso de blancura en polvo, talco ménem y algo más.

Manchada por el tedio, Alicia se instaló en uno de los congestionados lados de la alberca. Aun en hoteles gran turismo, en temporada alta hay demasiada gente. Algunos mexicanos, más gringos, y sobre todo canadienses.

No descubre por ningún lado al muchacho de la noche anterior; quizás haya regresado a Quebec. Previamente a su descenso a este infierno de holganza, Alicia se había aplicado todo lo untable para sostener su condición de joven. Cremas de colágenos, lociones para el cabello, la cara. Ahora se cubría el cuerpo con filtros hasta abarcar toda su piel, incluidos los talones —para no morir jamás atravesada por flecha alguna en un flanco débil—; era tan flexible que ella misma deslizaba el bronceador en su espalda.



José Luis Herrera Arciniega. Periodista y escritor. Ha publicado cinco libros de cuento y ensayo, entre ellos se encuentran *Un pato gigante* y *La reina de nieve* y otros cuentos.

Con lentes oscuros, instalada a un lado de la alberca, la nariz manchada por un filtro de tonalidades verdosas, jugaba –como hacen todos–, a leer una novela de cuatrocientas páginas, cifra ideal para pasar el tiempo de vacaciones. En realidad lo que hacía era tomar el sol, quemar y broncear su piel, emparejarla con el cobre de un labrado artesanal; tonificar su interior con tandas frecuentes del servicio de barra libre, requerido con la gracia de un tronido de dedos a los solícitos meseros de guayabera blanca; ellos se la comerían viva si sus ojos fueran algo más que ostras enrojecidas –los ojos de los meseros, codiciosos por el delgado y semi desnudo cuerpo de Alicia, sin reconocerla como artista, porque en persona se ve diferente a la imagen que le han fabricado.

Dormita a caballo entre sus pesadillas y los atisbos hacia la alberca y el conjunto de cuerpos metidos o extraídos al agua. La proporción normal: más mujeres que hombres, poquísimos niños, una cantidad moderada de jóvenes. Pancitas y várices, panzotas y celulitis, pieles muy muy pálidas, pambazos caminantes. Lo único que brilla son los tonos fosforescentes de los trajes de baño, y ciertos abultamientos en algunos varones enmorenecidos a la fuerza del trópico, inconvenientes para el ligue, pues o llevan pareja o exhiben tatuajes marciales, en lo que dejan ver que se trata de rudos marines o algo similar, tal vez obreros calificados.

Alicia prefiere dormir, a la mitad de la página que nunca termina de leer, pues algo la distrae cada cuatro palabras.

La cantante juvenil de hace varios momentos –seis meses o un año antes– está vacacionando, oculta en el anonimato del ocio caro. Este es su último periodo antes de hacer el gran viaje de rehabilitación. No será la travesía de truco íntimo de sustancias, a la mitad de una alucinación o de un sentirse extremadamente bien. Su productor, el que manda, le ha puesto un alto a su vida disipada y de rocanrol, ya que una cosa es cantarlo y otra es vivirlo, por mucho que sea la sangre azul dentro de las –a veces– castigadas venas de Alicia. Cómo quiere alargar su fama y dinero si no puede tener la coherencia mínima para hacer una gira por palenques y discotecas, o siquiera para una presentación de diez minutos en la televisión o una entrevista de media hora por la radio. Si se escapa y se pierde, no hay manera de ponerla a aprender las canciones de un nuevo disco, ver cuáles sirven, cuáles no le quedan ya porque ha envejecido y su imagen adolescente es otra. O te renuevas o te mueres. Tienes derecho a irte quince días de vacaciones con la única condición de que no te mueras y que cuando regreses cambies de maletas y te vayas directo a una clínica especializada en Boston, o en el Yukón. Ahí además te pondrás a estudiar solfeo, actuación, danza, corte y



*Gran de claudestinos*

confección. Cuando regreses, el primer impulso a tu nueva carrera será que declares que ya dejaste la droga, que confieses a tu público tu infierno dentro de la droga, que te metías de todo hasta que llegaste a una triste conclusión: habías dañado tu vida y lastimado a tu familia, puesto en peligro tu carrera. Ganarás la inmortalidad cuando vayas más allá del simple lema Di no a las drogas, pues serás la primera en aceptar que estabas en el fango, pero que, gracias a Dios, lograste salir. Bueno, lo primero será que salgas del infierno. Mando por ti en quince días, dijo el productor.

Alicia dormita. A veces está despierta detrás de los lentes oscuros. Pide otro coctel. Cuando el mesero trae la bebida, le advierte: Señorita, le está sangrando la nariz.

Alicia saca de su bolsa el espejo para descubrir la pequeña mancha en la nariz. Creería que es un torrente. Gracias, dice al mesero, que se aleja.

Alicia afronta una limpia total. Imagina que en la lejana clínica la van a dopar, como mecanismo intermedio entre su adicción actual y su cura absoluta. Piensa que la van a voltear, lavar como un pollo sacrificado, restregar sus interiores con cepillos de cerdas metálicas, extraerle todos los chamucos, dejarla en cueros, limpiecita, renovada en la piel, desvanecidas las ojeras que tan mal la retratan en televisión, sanada su nariz, sus frágiles vasos sanguíneos, tronados por lo pronto a causa de las pasiones y el esnifado puntual con el que frena los decaimientos.

Antes de que llegue a cruzar esa frontera, está su situación presente a un lado del mar. La serie de cocteles ingeridos durante las horas, acercándose a la tarde, no han bastado para elevar sus sensaciones. Con paso que intenta ser firme, Alicia abandona la alberca, camina por vericuetos reconocibles como el camino correcto hacia el elevador, rumbo a su cuarto directo a su neceser, a un compartimiento oculto.

Cuando sale de nuevo del cuarto, Alicia es, por supuesto, otra. Su único temor es que en el propio elevador haya alguien que también le vaya a advertir “Señorita, le está sangrando la nariz”.

Y cómo parar los manantiales de ese color carmín. Sólo cuando acierte a regresar de la clínica de saneamiento en Boston, o en el Yukón.